



Los médicos en tiempos de pícaros. Homenaje a Sánchez Granjel

*Doctors in times of rogues.
Homage to Sánchez Granjel*

■ José Luis Puerta*

Los pueblos, como los individuos, se encuentran a veces en situaciones angustiosas y al borde del aniquilamiento. En tan apretada coyuntura hay quienes se dejan morir, o se dejan estar, y lo que sigue es vida inerte y sin afán, sin puesto en el mundo de los altos valores.

Américo Castro. *España en su Historia* (1948)¹.

■ Las últimas luces del siglo xvi enmudecen el reposado verbo humanista y anuncian la extinción de los *uomini universali*. Y la aparición del *Quijote* devela la tensión interna que al escritor, como a la sociedad en la que vive, le provoca la realidad poco satisfactoria de un presente empequeñecido frente a la grandeza y la retórica del pasado. El Imperio, que había abrazado el *Plus Ultra* como lema, iniciaba el largo proceso de su ocaso. Los reyes que sucedieron al *Prudente* fueron hombres de otra laya: menos lúcidos y entregados, y no tuvieron mucho tino en la elección de sus validos. En Olivares puede verse, pese a sus carencias, una excepción. La corrupción, la intriga, la avaricia, el apego a la etiqueta y, especialmente, el desprecio por los valores burgueses y científicos, que ya iluminaban con fuerza una parte de Europa, minaron el poderío del Imperio, hasta tal punto que la unidad dentro de la Península se quebró.

La Corte se mudó en 1606 de forma definitiva a Madrid, urbe que pasó de tener menos de 30.000 habitantes en 1561, año en el que Felipe II decidió su traslado desde Toledo, a dar cabida a más de 150.000 almas en 1621. No faltaron, durante la media centuria de interinidad en la que vivió la villa manchega, ni la especulación inmobiliaria ni el enriquecimiento fácil de algunos. En la nueva capital, la riqueza palaciega contrastaba con la mayoría de sus casas: hechas con adobe, de una sola planta y mal construidas. Sin embargo, las dificultades no fueron óbice para que echaran sus raíces el aparato burocrático

* Centro Mixto (Universidad Complutense de Madrid-Instituto de Salud Carlos III) para el Estudio de la Evolución y el Comportamiento Humanos, Madrid.

de la Corte y el condigno clientelismo real y nobiliario. Muchos fueron los que vieron en la construcción o en los distintos servicios a los cortesanos una forma de vivir². Con estas palabras se refería a Madrid Mateo Alemán en boca de su *Guzmán de Alfarache* (1599): «Allí al fin está cada uno como más le viene a cuento. Nadie se conoce, ni aun los que viven de unas puertas adentro... Estaba ya todo muy trocado de como lo dejé...» (parte 2º, lib. 3º, cap. 2º). Entretanto, el resto de las ciudades peninsulares languidecían, a juego con esa —pausada pero imparable— decadencia que iba carcomiendo el Imperio y que epitomó el conocido soneto quevediano (1613): «Miré los muros de la patria mía, si un tiempo fuertes ya desmoronados... y no hallé cosa en que poner los ojos que no fuese recuerdo de la muerte». Sin embargo, asociar «decadencia» con el Barroco español exige puntualizaciones, a veces, no menores. En realidad, como ha señalado José Luis Comellas³,



Luis Sánchez Granjel (1920-2014)

Luis S. Granjel

nació en Segura (Guipúzcoa), donde su padre ejercía de médico. Tras licenciarse en Medicina en Salamanca, fue profesor de Historia de la Medicina (1948-1986) en esa universidad, en la que también fundó y dirigió la revista *Cuadernos de Historia de la Medicina Española* (1962-1975). Con Lain y López Piñero forma el trío de los grandes historiadores españoles de la Medicina, a la que aportó una obra clave *Historia general de la medicina española* (en cinco volúmenes). Escribió valiosos trabajos sobre la generación del 98 de la que era un gran conocedor. Esta foto fue tomada el 11 de abril de 2003 tras pronunciar su Discurso de Ingreso en la Real Academia Nacional de Medicina, que llevaba por título *El ejercicio médico de judíos y conversos en España* (cortesía de la RANM).

España fue siempre un país pobre. Ni en los mejores momentos de su poderío la economía brilló con altura. Pese a las riadas de plata procedentes de América, en la Península se echó en falta «una organización bancaria, industrial y mercantil» que favoreciera y modernizara su estructura económica. Todo ese flujo de dinero «acostumbró a los españoles al lucro fácil, a prescindir de la trabajosa transformación de los productos naturales... [y] encareció nuestros artículos en relación a los extranjeros». Nuestra industria nunca estuvo en condiciones de ser competitiva frente a la foránea. A ello contribuyó la forma de ser del español, que no encajaba bien con las cualidades humanas que demandaba la puesta en marcha de un negocio, y que se resumen en una vida entera de esfuerzo constante, monótono y oscuro, labor que en general gozaba de un escaso reconocimiento social. Los españoles de los siglos XVI y XVII habían venido al mundo, o al menos eso creían, para conquistar conti-

nentes, realizar obras de arte o enzarzarse en disputas teológicas.

La formidable maquinaria administrativa puesta en marcha por los Reyes Católicos en la Meseta, con el paso del tiempo fue incapaz de adaptarse a un mundo siempre proteico y acabó siendo inservible para su cometido. A la vez, surgió —nos dice también Comellas— un nuevo concepto de *funcionario*: «en el que la idea de servicio es sustituida por la de prebenda o privilegio. Los cargos se “compran” con dinero y tienden a hacerse hereditarios»⁴.

El corazón de España, Castilla, se encontraba atrapado en un círculo vicioso que nadie era capaz de romper. En la sociedad se habían instalado paulatinamente los valores caballerescos que en la práctica se traducían en un arrinconamiento de las actividades productivas y del trabajo manual, consideradas impropias de un caballero. Claro lo dejó el franciscano Francisco de Osuna (1497-1540) en el primer tercio del siglo XVI: «Dios mandó al hombre rico que obrase y no le dijo que trabajase, que esto pertenece a los pobres»⁵.

El trabajo (productivo) en la mentalidad colectiva de entonces era sinónimo de vileza. Visión a la que daban pábulo los propios moralistas que recomendaban buscar un punto medio en la labor: «conviene ni ser perezoso ni muy acucioso, de tal forma que se gane solo lo que fuere honesto, sin afanarse de día y de noche, domingos y días laborales, como hacen algunos por codicia de ganar»⁶. Lo que condenaba al pobre a serlo siempre (como el país en el que vivía).

Sin embargo, el tránsito del Renacimiento al Barroco y los cambios que trajo hizo que los españoles dejaran de entender las cosas de una forma tan unánime como había sucedido hasta entonces. Existía una mayoría aferrada al ideal de la Monarquía Universal, a la misión mesiánica de España, a los que era mucho pedir, porque vivían en un

pasado glorioso sin hacer nada provechoso, un cambio de actitud, una reacción ante los nuevos tiempos. Pero también había otros, mayormente los que se afanaban en el quehacer cotidiano, que se daban cuenta de la realidad en la que vivían y las letales consecuencias de la mentalidad imperante. Así, lo hizo notar Martín González de Cellorigo en su *Memorial* de 1600 a Felipe III: «ha llegado al tiempo que todos juzgamos como de peor condición de los pasados» (II parte, p. 31). Y más adelante decía:

«A este modo ha venido nuestra república al extremo de ricos y de pobres, sin haber medio que los acompañe; y a ser los nuestros, o ricos que huelgan, o pobres que demandan; faltando los medianos que, ni por riqueza ni por pobreza, dejan de acudir a la justa ocupación que la ley natural nos obliga... [P]orque los que pueden no quieren, y los que quieren no pueden; y ahí está el campo sin labrar, las artes sin seguir, los oficios sin ejercitar y muchas cosas que son necesarias para el bien público por comenzar» (III parte, p. 54).

En todo caso, el nuevo momento histórico hizo obsoletas las instituciones y la organización social del pasado, pues la unidad religiosa se había roto en el Viejo Continente. Además, en ciertos lugares ya admitían lo ignorantes que eran y la Ciencia, como antídoto, se abría paso; al tiempo que el mundo y la nueva economía burguesa se atlantizaban. En suma, los individuos precisaban de nuevos instrumentos e instituciones para atender nuevas necesidades y esa disarmonía —en palabras de Sánchez Granjel— la acusó con «precocidad e intensidad no igualadas la Medicina... pues [al ser] el motivo de su quehacer el hombre mismo, es quien primero experimenta las mudanzas de los tiempos»⁸.



Las últimas luces del siglo XVI también trajeron a Madrid no solo personas dispuestas a ganarse su sustento sirviendo a la Corte o valiéndose de sus artes mecánicas, sino pícaros y mendigos, un estrato social, con sus subclases, en auge y proclive a ocupar las esquinas y a agolparse en las puertas de las iglesias. Como dar limosna era ganarse el camino al cielo, el que la demandaba no hacía otra cosa que beneficiar a quien la daba.

Fácilmente se entiende que el bullicio y los excesos provocados por pedigüños tullidos, ciegos y leprosos —auténticos o fingidos— debieron ser muy molestos en aquellos tiempos. Ello ameritó que se reclamases medidas para atajar tales males como dejó constancia en su *Memorial* el clérigo y jurista González de Cellorigo (II parte, p. 24):

«Parte de esto vimos en nuestra ciudad [Valladolid] el año pasado de noventa y nueve [1599]: de cinco mil pobres que se juntaron, se hallaron ser verdaderos seiscientos. De esta calidad de gente se halla mucha en nuestra república, los cuales son tan dados a la demostración de pobreza y lesión en sus cuerpos, para no trabajar, que se han visto en ellos grandes ficciones de manquedad y pobreza para adquirir más limosna y quitársela a los verdaderamente pobres».

En este paisaje tampoco faltaron truhanes, galeotes huidos y desertores de las armas que se unían a las mafias o cofradías del hampa, bajo cuyo control estaba el juego, la prostitución y la limosna, además de cometer —a veces por encargo de gente con posibles— robos y asesinatos. En *Rinconete y Cortadillo* se ilustran muy bien estos sórdidos ambientes a través del caballero que paga a una cofradía por asestar a un individuo una puñalada de «catorce puntos», o el alguacil al que tan eficazmente soborna su cofrade mayor, el *ejemplar*

Monipodio: «Nadie se alborote» —le dice a sus fieles—, «que es amigo y nunca viene por nuestro daño. Sosiéguese, que yo le saldré a hablar». Además, el latrocinio de entonces, como el de hoy, tenía su propia jerga e incluso su santo patrón («no hay puta ni ladrón que no tenga su devoción», reza el refrán).

Y por la calle, lodazal en el invierno y polvareda en el verano, no dejaba de verse gente ociosa o con ganas de hacer cosas, según el cristal con el que se quisiera mirar el espectáculo. Administrativamente eran los criados de casas grandes, donde la labor y el sueldo escaseaban, y lo único que pretendían era completar sus ingresos. Pero «cuando además de ser mirones o trabajadores temporales, hurtaban alguna que otra cosa, engañaban a algún que otro transeúnte, llevaban mensajes de cierta ilegalidad, ascendían a la categoría de “pícaros”. No eran todavía maleantes, pero habían dejado ya de ser honrados»⁹. Llegados a este punto, conviene poner a cada grupo en su sitio. Como ha señalado José Antonio Maravall, los pícaros, a diferencia de los hampones propiamente dichos, no eran dados al pandillaje. Podían juntarse de forma esporádica con colegas, pero sin establecer lazos de verdadera solidaridad, en el pícaro —escribe— hay que ver la «versión incipiente del egoísta... [que] a veces encuentra colegas, sin alcanzar a una unión más que externa, mecánica, sin conciencia activa de grupo, y a lo sumo se reúne transitoriamente con algunos, en organizaciones de mendicidad»¹⁰.

Por otro lado, en aquellos tiempos las clases sociales estaban claramente definidas y el hábito sí hacía al monje, por lo que en la vía pública resultaba sencillo adivinar por sus ademanes y vestimenta quién era cada cual (incluidos los matasanos, luego se verá). Por ello, el duque cervantino le recuerda a Sancho Panza, antes de que



marchase a gobernar su ínsula, que «los trajes se han de acomodar con el oficio o dignidad que se profesa, que no sería bien que un jurisperito se vistiese como soldado, ni un soldado como un sacerdote» (*Quijote*, II, XLII). Medio siglo antes, a propósito de esta concordancia entre lo que se era y la forma de gobernarse, Gutierre de Cetina¹¹ (¿1520?-1557) en su *Diálogo entre la cabeza y la gorra* nos había dejado este magnífico retrato del chulo, el pendenciero: «la voz gruesa y espantosa, la gorra sobre los ojos, el mirar bravo y de través, la espada caída a un lado y andar siempre sobre el aviso, apercebido». De ahí al duelo —epidemia de la época— solo mediaba una desafortunada mirada.

Quienes saben de verdad acerca de estas cosas dicen que el género picaresco nace al publicarse en 1554, anónimo, el *Lazarillo de Tormes*, pero que quedó sin ser aprovechado medio siglo. Su consagración se debe al *Guzmán de Alfarache* (1599), su declinar lo marca la *Vida de Estebanillo González* (1646) y en el género se inscriben obras como *La vida del Buscón* (1604), la segunda parte del *Guzmán* (1605) o *La pícara Justina* (1605), entre otras. Esta literatura, que no solo fue un fenómeno español, constituye —en palabras de Américo Castro— una de las «atalayas de la vida humana», en la que «el verdadero protagonista no es el pícaro, sino el mundo en torno a él, que tercamente afirma su *irrealidad*»¹². La de un mundo donde todo parece y nada es, como el falso médico manchego al que se refiere el *Guzmán* que, cuando visitaba a un enfermo, se metía la mano en el bolsillo, cogía la primera receta que encontraba y decía: «¡Dios te la depare buena!» (parte 1ª, lib. 1º, cap. 3º).

Estamos en un mundo *irreal* y distorsionado, pero no en una ficción, y con contundencia lo subraya el autor de *La Garduña de Sevilla y el anzuelo de las bolsas* (1642): «Sirva, pues, de advertimiento a los lectores

esta pintura al vivo... cosas como las que escribo no son fingidas de la idea, sino muy contingentes en estos tiempos» (lib. 1º).

Por eso, una vez descontada la deformación caricaturesca, la picaresca nos abre la ventana a una realidad sangrante, el retrato de todas las miserias de una sociedad, la de España del siglo xvii, que estaba dejando de ser un imperio en el que abundaban los nobles y los caballeros ociosos, y sus avenidas se hallaban atiborradas de mendigos, pícaros y delincuentes.

Con el Renacimiento se marchó la belleza ideal y el Barroco, aunque parezca un contrasentido, valorizó lo feo, al menos, como elemento de contraste. Si alguien lo pone en duda que recuerde los bufones, los tullidos y los marginados que Velázquez nos dejó retratados en sus cuadros. Y, por supuesto, huelga decirlo, todo en aquel tiempo se hacía con la mejor intención moralizante, pues la autoridad religiosa así lo demandaba.

Entre la abigarrada muchedumbre que desfilaba por ese proceloso mundo también había médicos. En ellos se detuvo, quizá con predilección, la fina y burlona mirada del pícaro. Y a ellos dirigió algunos de sus más acerados comentarios. Por lo que invito al lector a que de la mano¹³ del médico y humanista Luis Sánchez Granjel (1920-2014) —que nos dejó el pasado mes de noviembre— iniciemos un viaje al pasado, en el que unos pícaros van a contarnos cómo veían a los galenos...



Pero antes de iniciar el viaje quiero insistirte en que todo lo que se va a decir aquí sobre los hijos de Esculapio está deformado, pues la novela picaresca hay que entenderla como el canal por el que fluyó

el descontento de aquella sociedad y en ella se mezcló de manera inextricable la irrealidad, la sátira, el enredo y el propósito moralizador. En todo caso, tengamos siempre presente la reflexión de Lázaro de Tormes: «¡Cuántos debe de haber en el mundo que huyen de otros porque no se ven a sí mismos!».

Quevedo en su *Libro de todas las cosas y otras muchas más* en pocas palabras nos dejó esta conocida semblanza del médico: «Lo primero linda mula, sortijón de esmeralda en el pulgar, guantes doblados, ropilla larga y en verano sombrerazo de tafetán. Y teniendo esto, aunque no hayas visto libro, curas y eres doctor». Descripción que nos amplía Antonio Enríquez Gómez (¿1600?-1663) en *El siglo pitagórico y la vida de Don Gregorio Guadaña* (1644): «Compró media docena / de libros de Avicena / Un quintal de Galenos / Unos guantes de perro, que son buenos / Una sortija, cuatro pañuelos, / Y con estos anzuelos / desde su mula roma caballero, / iba pescando vidas y dinero» (*Transmigración VIII*).

La barbada figura del galeno, ya que no era profesión para imberbes, y su peculiar indumentaria fueron fácil diana de chanzas e ironías. Algunos veían transparentada la muerte no solo en el atuendo que los distinguía sino incluso en el de su montura, así lo proclamaba Salas Barbadillo (1581-1635) en la novela en verso *La mejor cura del matasanos*, incluida en su *Corrección de vicios* (1615), donde decía: «Allí compra una mula, a quien él viste / De gualdrapa en invierno y en verano, / Traje de viudas, cuyo luto triste / Declara que la muerte va en su mano». A lo que aun agrega, cambiando de tema pero con idéntica finalidad denostadora, «Si la muerte a quien sirven es pelada, / ¡Oh bárbaros barbados, que en traiciones / Siempre estudiáis!, si sois la ardiente espada / Y los ministros de la muerte fuerte / ¿Por que negáis el traje de la muerte?».

La profesión del médico, que retrataron tantas plumas de entonces, bien puede sintetizarse en los versos que Enríquez Gómez en *El siglo pitagórico (Transmigración VIII)* puso precisamente en boca de uno de ellos:

*En fin, amiga mía
Mi cotidiano pan, es la sangría;
Mi ganancia suave,
Uno y otro jarabe:
Mi hacienda bien ganada,
Una purga endiablada;
Mi mayorazgo, el pulso;
La muerte, mi recurso;
La orina, mi consejo;
La cámara, mi espejo;
Mi puñal, un barbero;
La botica, mi acero;
Y mi renta segura,
La siempre dilatada calentura.
... ..
Vivamos y matemos
Y con salud a muchos enterremos.*

Tampoco lo que hoy llamaríamos la ética profesional del médico salió bien parada de la mordaz mirada de los maestros de la literatura picaresca. Con esta crudeza describió Quevedo en su *Libro de todas las cosas* el acto médico:

«La ciencia es ésta: dos refranes para entrar en casa; el «¿qué tenemos?» ordinario, «venga el pulso», inclinar el oído, «¿ha tenido frío?». Y si él dice que sí primero, decir luego: «Se echa de ver. ¿Duró mucho?» y aguardar que diga cuánto y luego decir: «Bien se conoce. Cene poquito, escarolitas; una ayuda». Y si dice que no la puede recibir, decir: «Pues haga por recibilla»... Y a Dios y a ventura, aunque uno esté malo de sabañones, mándale luego confesar y haz devoción la ignorancia».

Modo de actuar que no puede sorprendernos del todo si tenemos en cuenta no solo la enorme complejidad que entraña el enfermar, sino el bajón que sufrió



Con el Renacimiento se marchó la belleza ideal y el Barroco dio valor a lo feo, al menos, como elemento de contraste. *Las Meninas* (1656) de Diego Velázquez (Museo del Prado, Madrid)

Cuando el arte precisa de largo tiempo, la ocasión se torna fugaz, la experiencia falaz y el juicio difícil, como reconoce el Guzmán no queda más remedio que abrazar el oscurantismo. Así lo denuncia la protagonista de *La Pícaro Justina* (1605), novela atribuida a Francisco López de Úbeda, «buscan términos exquisitos para significar cosas que, por ser tan claras, tienen vergüenza de nombrarlas en canto llano, y así les es necesario hablarlas con términos desusados».

Pero la acusación que, sin tapujo alguno y parece que de forma unánime, mantuvieron los pícaros —y en general la literatura del Siglo de Oro— fue la de que el

médico no curaba a sus enfermos, los mataba. Los epígonos de Asclepio no eran otra cosa que verdugos, «servidores de la muerte» o «ponzoñas graduadas», rótulos que utilizó Quevedo para conceptuarlos. Y aún el caballero de la Orden de Santiago fue más lejos, llegó a afirmar (*El sueño del Infierno*, 1608) que era sabido «que en la Universidad [los médicos] estudian para tósigos». ¡Ahí queda eso...! Tampoco se paró en barras el cervantino Tomás Rodaja (*El Licenciado Vidriera*) que se permitió decir: «solo los médicos nos pueden matar y nos matan sin temor y a pie quedo, sin desenvainar otra espada que la de *récipe*; y no hay descubrirse sus delitos porque al momento los meten debajo de la tierra». Y, para que

no hubiese duda alguna, Calderón puso en boca de Bato, uno de los personajes de *Fortunas de Andrómeda y Perseo* (1653), el siguiente comentario: «Para eso mejor es que un doctor llames y a un boticario, que son *asesinos familiares*» (jornada 3ª).

En lo tocante a los siete pecados capitales, a los ojos de los pícaros, con el que más tropezaron los médicos fue con la avaricia. El Guzmán lo atestigua: «si no le pagas, deja la cura; si le pagas, la dilata, y por ello algunas o muchas veces mata el enfermo» (parte 1ª, lib. 2º, cap. 4º). He aquí uno de los más grandes pecados del médico de entonces, el dilatar la cura para agrandar el beneficio. Mientras que Pero Grullo, en la quevediana *Visita de los chistes*, nos dice: «hay quien corre echando los codos adelante, que son los médicos, cuando vuelven la mano atrás a recibir el dinero de la visita al despedirse, que toman el dinero corriendo y corren como una mona al que se lo da porque le maten».

Y en vista del éxito que tenía la crítica al médico, al cirujano y al boticario por su codicia, el mencionado Enríquez Gómez los juntó en la familia de don Gregorio Guadaña. Su padre, el doctor Guadaña, en connivencia con su hermano, boticario, se las apañaba para que «si un enfermo había menester un jarabe, [se le recetasen] diez, y si una medicina, veinte; y con este arbitrio estaba de bote en bote la casa: llena de dinero a pura receta baldía». Además, «cuando conocía una enfermedad corta, le largaba la rienda, y cuando caminaba mucho, se la tiraba, y entre andadura y trote, nunca la dejaba llegar a la posada de la salud». Y en lo que atañe al cirujano, arte mecánica que practicaba el hermano de su madre, lo describe con tintes sádicos, «era un hombre tan carnicero, que el día que no cortaba carne, partía huesos... Alegrábase su alma cuando oía espadas en la calle, pero si no había heridos, decía que eran todos unos cobardes» (*Transmigración V*).

Las cosas, hay que comprenderlo, no podían quedar así y en defensa de los apaleados matasanos rompió una lanza el pícaro protagonista de *Alonso, mozo de muchos amos* (1624), creación del médico y escritor Jerónimo de Alcalá Yáñez y Rivera (1571-1632). A él le debe la profesión, utilizando las mismas armas, la ficción, no haber quedado reducida a otra cosa que guasas y dicterios. Y no podremos saber a ciencia cierta si con su novela pretendió también la autojustificación. Para el pícaro Alonso, solo trabajo y fatiga deparaba al médico su profesión, que por desgracia no es infalible, pues

«...no todas las enfermedades se dejan conocer, y por discreto y docto que sea un médico, no todo lo puede alcanzar; que también hay cosas que de suyo son incurables, y más cuando interviene la voluntad del Cielo de que padezca el enfermo y que no le aprovechen de ningún modo los remedios que le aplican» (cap. 6º).

Ese malestar de la época, que sucintamente hemos recogido en los párrafos precedentes, abrumaba al espíritu colectivo y sus síntomas de desconcierto —como dejó escrito Granjel— «alcanzaron resonancia y vida real, [al ser] proclamados por boca del pícaro, verdadera concreción simbólica de la propia sociedad a quien se dirige»¹⁴. Circunstancia a la que ni mucho menos fue ajena la medicina española pues, como en otro sitio anotó nuestro homenajeado, «la espléndida herencia legada por el siglo XVI, bien conservada aún en los primeros decenios del *Seiscientos*, se malgasta y acaba por perderse entre interminables y estériles disputas y controversias, a manos de una generación de médicos dogmáticos que ignoraban cómo en Europa se estaba creando una medicina *moderna*, anticipada en buena parte, por los médicos españoles del Renacimiento»¹⁵.

Amigo lector ve en este sumario y particular trabajo únicamente un intento —pese a todo lo dicho— de arrancarte una sonrisa, mostrarte cuánto ha cambiado la Medicina y, sobre todo, recordarte que el legado del profesor Granjel ha sido amplio en temas y de gran calidad, lo que hace que siga vivo entre nosotros, disfrutando ya, como enseñan los versos de Jorge Manrique, de la tercera vida o vida de la fama, por eso maestro que:

*No se os haga tan amarga
la batalla temerosa
que esperáis,
pues otra vida más larga
de fama tan gloriosa
acá dejáis,
aunque esta vida de honor
tampoco no es eternal
ni verdadera;
mas con todo es muy mejor
que la otra temporal,
perecedera.*



Notas

1. Castro A. España en su Historia. Cristianos, moros y judíos. Buenos Aires: Editorial Losada; 1948, p. 9.
2. García De Cortázar F. Biografía de España. Barcelona: Galaxia Gutenberg; 1998, pp. 205-207.
3. Comellas JL. Historia de España moderna y contemporánea (1474-1975) (8ª edición). Madrid: Ediciones Rialp; 1985, pp. 250-251.
4. Comellas JL. Historia de España..., *op. c.*, p. 189.
5. Citado en: Pérez J. La sociedad española del Renacimiento. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes (disponible en: www.cervantesvirtual.com/bib/historia/CarlosV/6_2_josep_perez.shtml#N_18_).
6. Pérez J. La sociedad española del Renacimiento, *op. c.*
7. González de Cellorigo M. Memorial de la política necesaria y útil restauración a la República de España y estados de ella y del desempeño universal de estos Reinos. Impreso en Valladolid por Juan de Bostillo, 1600.
8. Sánchez Granjel L. La figura del medico en el escenario de la literatura picaresca española. Barcelona: Medicina e Historia; feb. 1966, p. 4.
9. Díaz-Plaja F. La sociedad española. Desde los orígenes hasta nuestros días. Barcelona: Plaza & Janés; 1972, p. 350.
10. Maravall JA: La literatura picaresca desde la historia social (siglos XVI y XVII). Madrid: Taurus Ediciones, SA; 1986, pp. 317-318.
11. Es probable que este autor sea un desconocido para muchos lectores. Sin embargo, casi seguro que en alguna ocasión habrán disfrutado de este hermoso madrigal salido de su pluma: Ojos claros, serenos, / Si de un dulce mirar sois alabados, / ¿Por qué, si me miráis, miráis airados? / Si cuanto más piadosos, / Más bellos parecéis a aquel que os mira, / No me miréis con ira, / Porque no parezcáis menos hermosos. / ¡Ay, tormentos rabiosos! / Ojos claros, serenos, / Ya que así me miráis, miradme al menos.
12. Castro A. España en su Historia, *op. c.*, pp. 449-450.
13. El repertorio de textos tomados de la literatura picaresca y que se reproducen a continuación, salvo alguna excepción, son una selección de los recopilados por L. Sánchez Granjel en su trabajo *La figura del médico...*, *op. c.*
14. Sánchez Granjel L. La figura del medico..., *op. c.*, p. 4.
15. Sánchez Granjel L. Historia de la Medicina española. Barcelona: Sayma, Ediciones y publicaciones; 1962, p. 71.